

nándole enérgicamente todos sus postulados. "Mística de la inteligencia" es el Toaísmo; la disciplina espiritual en la que millones de seres encuentran la explicación de su destino mortal: "Todo es inestable y perecedero, pero a la vez eterno". Después de fijar, con la mayor acumulación de datos conocidos, la personalidad corporal del filósofo, el autor se dedica a analizar la doctrina de "Tao" —cuyas raíces etimológicas ocupan un interesantísimo capítulo— y su interpretación del Génesis, del Alma, y su posición frente a la Moral y a la política. Ocho son los "inmortales" taoístas a los que nombra y estudia el autor, el cual se detiene, también, en los más importantes discípulos, como Chwan-Tszé, Lieh-Tszé, Lieh-Hauai-Nan-Tszé, Kwan Yun-Tszé, (que escribió *El libro de los sueños*, donde hay muchos anticipos de las teorías freudianas sobre el sueño), y, Yang-Tszé, que propagó el "Taoísmo cínico". Como una ventana a otros mundos posibles del alma es este hermoso libro, saturado de toda la lejana magia del antiquísimo tema que trata y que Juan Marín desentraña con el más moderno sentido crítico, analítico, y respetándolo al mismo tiempo, en todo lo que encierra de inviolable y simbólico.

Este nuevo libro del doctor Marín será seguido, próximamente, en la misma Colección "Austral", por otros dos volúmenes: *Confucio o el Humanismo Didactizante* y *Buda o la negación del mundo*.



"EL ESPÍRITU CRIOLLO", por *Enrique Espinoza*. Edición de Babel.
Colección del Tajamar, Santiago de Chile

Enrique Espinoza, escritor argentino radicado en Chile tiempo ha, titula *El espíritu criollo*, a tres estudios dedicados a Sarmiento, Hernández y Lugones, seleccionados entre un número mayor cuya publicación promete para el futuro. El título es feliz, porque

los tres escritores mencionados son realmente representativos de este espíritu "criollo" y no solamente argentino. El primer adjetivo delimita y a la vez acendra el alcance demasiado vago que tendría el segundo.

Naturalmente, no es posible tratar *in extenso* estas tres grandes figuras en las pocas páginas de un ensayo. Espinoza elige tres momentos que le sirven para el propósito social que le guía: de Sarmiento, su resonante polémica con Andrés Bello; de Hernández, el aspecto social, o sociológico, mejor dicho, del *Martín Fierro*; y, finalmente, de Lugones, lo que su obra de poeta y prosista representa como liberación y renovación de nuestras letras. Es este un libro de rectificaciones, especialmente del mote de "extranjerizantes" que se ha aplicado al primero y al último de estos escritores revolucionarios, mote que se ha aplicado también a los escritores españoles que allá en la península asumieron igual tarea innovadora.

Espinoza ha visto con agudeza que la polémica gramatical entre Sarmiento y Bello no ha sido más que un episodio en la lucha de la independencia contra las influencias coloniales, de la rebeldía de estas regiones sudamericanas contra las corrientes ideológicas y sociales de la metrópoli. Hay una posición americana de autonomía espiritual, de independencia lingüística, detrás de esta disputa que aparentemente se reduce al terreno gramatical. El autor ha sabido poner de relieve no sólo los muy interesantes episodios de la polémica en sí, sino también la serie de ideas, de posiciones, de convicciones que encierra; la lucha de Sarmiento, contra todo resabio de una concepción vetusta, anacrónica, del momento histórico, para la liberación de los jóvenes escritores americanos, a quienes ese lastre pesado quitaba espontaneidad, autenticidad y sentido de la realidad en que vivían.

Igual preocupación por lo social muestra el breve estudio sobre el *Martín Fierro*. No está de más que se destaquen los caracteres sociales del poeta, tan a menudo limitado, en los comentaristas, a su aspecto pintoresco o dramático. Espinoza demuestra cómo, desde

un comienzo, se entrevió la importancia sociológica del poema; cómo, para muchos de los contemporáneos de Hernández, era un fidelísimo retrato de nuestra realidad social, del estado social en que se encontraba el campesino, sojuzgado y esquilado por partes iguales por el milico de fronteras y por el civil mandón y perdulario. El *Martín Fierro*, como Espinoza dice certeramente, es un documento del que no podrá prescindir jamás ningún ensayo sobre la realidad social argentina.

El trabajo sobre Lugones es corto, y puede tomarse nada más que como un anticipo del estudio que sobre esta figura Espinoza está obligado a hacer. La larga amistad que lo unió a Lugones, el haber estado con él durante muchos años, lo capacitan como nadie para abordar en serio esta tarea. Espinoza es uno de los pocos escritores vivientes que todavía pueden dar testimonio acerca de él, como dicen las Escrituras. Ciertamente que el estar en Chile constituye un serio "handicap" para esta obra, pero no por ello debe demorarla. En su anticipo presente, el autor se refiere principalmente a los comienzos de la carrera literaria de Lugones, pone en claro sus relaciones tanto con el idioma y el estilo que nos venían de España, así como las corrientes que, encabezadas por Rubén Darío, comenzaban la renovación literaria de nuestro medio.

En un apéndice final Espinoza alude a uno de los interrogantes más oscuros de la vida de Lugones: cómo no fué el líder espiritual de su generación. Nadie estuvo más capacitado para ello, nadie tuvo más prestigio, más gravitación natural en la juventud, gracias a su inmenso talento, y sin embargo, Lugones permaneció al margen de los movimientos renovadores que le tocó presenciar. Este es uno de los puntos sobre los cuales Espinoza podría dar muchos esclarecimientos.

El estilo del autor, elíptico, condensado, substancioso, rigurosamente controlado, le permite decir mucho en pocas páginas. Su brevedad y concisión, así como su habitual valentía de pensamien-

to y de expresión, son otros tantos méritos de este libro.—LEOPOLDO HURTADO.

“LA LUZ VIENE DEL MAR”, de *Nicomedes Guzmán*

Cuando Nicomedes Guzmán publicó *Los hombres oscuros*, en 1939, a los 25 años de edad, dió la medida de su capacidad creadora y del porvenir literario que lo aguardaba. A los 30 años, en 1943, publicó su magnífica novela *La sangre y la esperanza*, que no ha sido superada en su fuerte realismo y en la justeza descriptiva de un medio que había sido incorporado a la novela chilena por escritores que lo conocían sólo por referencias o por visitas tímidas y circunstanciales a los bajos fondos de la capital.

La sangre y la esperanza constituyó uno de los mayores triunfos de crítica y de librería de su época y se continúa leyendo con verdadero y constante interés. Es la suerte que aguarda a las auténticas obras de arte que encuentran el camino que conduce al corazón de las minorías y de las multitudes. Después de esa novela representativa de nuestra literatura, Nicomedes Guzmán produjo otras de menor valía pero manteniéndose siempre fiel a su estilo de estremecido lirismo.

Ahora, acaba de publicar su novela *La luz viene del mar*. El estrecho y sórdido escenario del conventillo criollo, donde transcurre la vida de los protagonistas de *La sangre y la esperanza* y *los hombres oscuros*, se amplía en esta nueva novela con el imponente paisaje de la pampa salitrera y el puerto de Iquique, que recibe y entrega la carga humana que se reparte entre los diferentes cantones de la región.

Se inicia la novela con una pequeña introducción titulada: “En la brecha”. Es como si el director de una gran orquesta hubiera levantado su batuta para dar comienzo a la sinfonía clamorosa de palabras y de acciones que se titula *La luz viene del mar*. Desde